

— CUENTOS PARA TRANSITAR



— CUENTOS PARA TRANSITAR



PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Cristina FERNÁNDEZ de KIRCHNER

MINISTERIO DEL INTERIOR Y TRANSPORTE

Florencio RANDAZZO

AGENCIA NACIONAL DE SEGURIDAD VIAL

Felipe RODRÍGUEZ LAGUENS

DIRECCIÓN DE CAPACITACIÓN

Y CAMPAÑAS VIALES

Nicolás SÍCARO

CENTRO DE FORMACIÓN EN POLÍTICAS

Y GESTIÓN DE LA SEGURIDAD VIAL

Pedro DELHEYE

COORDINACIÓN DE LA PUBLICACIÓN

CENTRO DE FORMACIÓN EN POLÍTICAS
Y GESTIÓN DE LA SEGURIDAD VIAL

JURADO DEL CONCURSO

“UN CUENTO PARA TRANSITAR”

Florencia ESSES
Graciela REPUN
Marcelo SPOTTI

ARTE DE TAPA

Marcelo SPOTTI

ÍNDICE

	<u>Sobre el jurado</u>	09
	<u>Comentarios del jurado</u>	10
	<u>Benito el gusanito inspector de tránsito</u>	16
	<u>El duende de Respetolandia</u>	19
	<u>Una ciudad en problemas</u>	23
	<u>Mi abuelo Juan</u>	25
	<u>Las travesías de Mishkila</u>	34
	<u>La lechuza maestra</u>	38
	<u>Las huellas de Wali</u>	41
	<u>Peyton salva la ciudad</u>	46
	<u>Un día en el centro</u>	49
	<u>Paco y su bicicleta</u>	52

CUENTOS PARA TRANSITAR

Todos los días interactuamos con otras personas, nos trasladamos de un lugar a otro a pie, en un vehículo particular o en transporte público. Convivimos en un espacio que es público, donde no sólo circulamos sino también nos expresamos y nos manifestamos. Y, como todo espacio compartido, no está exento de tensiones y conflictos.

En tal sentido, creemos necesario trabajar desde la escuela la enseñanza de la educación vial desde una perspectiva enmarcada en la convivencia en el tránsito, para reconfigurar el espacio de circulación que compartimos, en tanto construcción cultural, para promover la apropiación de las normas que regulan el tránsito y la movilidad, así como el conocimiento de los derechos y obligaciones de los ciudadanos; y para fomentar el uso consciente, responsable, respetuoso y solidario de la vía pública.

Esta publicación reúne diez cuentos seleccionados en el marco del Concurso Nacional de Educación Vial *Un cuento para transitar*, realizado por la Agencia nacional de Seguridad Vial durante el 2015.

Los invitamos a disfrutar de estos cuentos escritos e ilustrados por niños y niñas de nivel Primario de distintas escuelas del país. Estos y tantos otros cuentos que participaron del concurso dan cuenta del trabajo que las instituciones educativas vienen realizando en materia de seguridad vial, considerando las problemáticas locales, los distintos contextos, y el lugar central que tiene la escuela para promover una cultura vial responsable y solidaria.

Felipe **RODRÍGUEZ LAGUENS**

SOBRE EL JURADO

GRACIELA REPÚN

Es una escritora argentina, coordinadora de talleres literarios, que ha publicado cuentos, novelas, teatro y poesía y ha sido traducida al portugués, italiano, inglés, francés y coreano.

Entre otras distinciones recibió el White Ravens otorgado por la Internationale Jugendbibliothek de Munich y el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2010 "La Hormiguita Viajera", categoría Gran Maestra Argentina.

FLORENCIA ESSES

Nació el 29 de enero de 1973 en Buenos Aires. Trabajó en promoción de la lectura en la escuela "Mundo Nuevo" y en diferentes programas pertenecientes al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Es alumna de la escritora Graciela Repún, a quien le está infinitamente agradecida por su generosidad y sus sabios consejos. Junto a Graciela escribió los libros "¿Está lista la princesa?", "¿Adónde va el príncipe?" y "¡Un ratito más!", todos ellos ilustrados por Valeria Cis y publicados por editorial Atlántida.

Algunos de sus libros publicados son: "Mamá maga", "Juana, ¿dónde estás?", "El gato con botas en Carabás, acá nomás" (SM), "La sopa de Carola" (Amauta), "Zapato más zapato" (Hola chicos), La colección de adivinanzas, poesías y trabalenguas "Palabras palabreras" (Albatros), "Hambre de tiranosaurio" y "Corona de Triceratops" (Albatros).

MARCELO SPOTTI

Da clases de semiótica y creatividad en Buenos Aires, Madrid, y Estocolmo.

Desde 1986 es el director de Arte en la empresa Diseño y Comunicación Visual.

Realiza la dirección de arte y asesoramiento editorial para publicaciones institucionales como UNED, RENFE, Repsol, Indra, Junta de Castilla La Mancha, El Corte Inglés, Colegio Nacional de Psicólogos, Colegio Nacional de Ópticos.

Es ilustrador de diversos grupos editoriales. Editorial Anaya, Grupo Santillana, Editorial Bruño, Editorial Popular, Edelvives, Prentice Hall.

Colabora como ilustrador en diferentes medios de comunicación: El País, Gaceta de los negocios, Grupo Zeta. Revistas: Interviú, Tiempo, Viajar, Conocer, Tu salud.

Realiza el diseño gráfico y las ilustraciones para las revistas de las empresas: Líneas (RENFE); Conecta (Repsol); Hogar al día (El Corte Inglés); UNE (AENOR); Ciudad sostenible (Comunica Indra / grupo ICM), entre otras.

Colabora como ilustrador y dibujante en distintas empresas de publicidad: Circus, BBDO, Walter Thompson, entre otras.

01

**BENITO: EL GUSANITO
INSPECTOR DE TRÁNSITO**

El cuento refleja claramente la temática específica del concurso. En este caso, el marco es la calle a la salida de la escuela. Carteles de tránsito, conos, sendas peatonales, aparecen promoviendo el uso responsable del espacio público, desde una mirada humorística en la que los animales son presentados con una actitud responsable y solidaria. Las peripecias se suceden con naturalidad y frescura y está muy bien trabajada la necesidad de los pequeños (en este caso los animales) de llamar la atención a los grandes (los niños) sobre sus conductas. El remate, muy logrado, es integrador: todos los personajes tienen un rol.

02

**EL DUENDE DE
RESPETOLANDIA**

El cuento se desarrolla en un marco provinciano, con personajes reconocibles y entrañables -como el gaucho y la doña- con una apreciación de la naturaleza que se refleja en vívidas descripciones. El duende y la ciudad de Respetolandia, son protagonistas principales de esta historia. El duende, un personaje común a los cuentos infantiles y folklóricos, posee un lenguaje propio y hasta su latiguillo gracioso. Desde el humor promueve una reflexión sobre las causas de los siniestros y cómo prevenirlos. Primero en oposición y luego, integrado a la ciudad, permite el conocimiento del espacio público y de los elementos ordenadores como semáforos, carteles, lomas de burro, además de hacer una clara reflexión sobre la interacción social.

03

**UNA CIUDAD
EN PROBLEMAS**

El texto utiliza apropiadamente el recurso del sueño revelador a través del niño que, enfrentando a un duende travieso, recorre los espacios públicos y muestra las regulaciones que permiten una circulación segura. Al utilizar sus conocimientos, el niño puede verse a sí mismo como un mago capaz de transmitir sus saberes, y desde un sueño posible modificar conductas mejorando la calidad de vida de todos los ciudadanos.

04

**MI ABUELO
JUAN**

El cuento refleja el vínculo entre el nieto y el abuelo en un contexto rural, vivido con orgullo. Animales y actividades propias del sector aparecen como escenario mostrando costumbres cotidianas como el goce del compartir un mate matutino. Se observa el respeto por el saber de un hombre de edad que reflexiona y desea comunicar. El abuelo cuenta, mientras se desplazan, las responsabilidades y conocimientos que son necesarios para manejar un vehículo en la ruta y en otros ámbitos. Cinturones, estado del vehículo, líneas de tránsito reflejan también la necesidad de manejarse con seguridad en tanto cuidado de uno mismo y respeto del otro.

05

**LAS TRAVESÍAS
DE MISHKILA**

Desde el pueblo Sancho Corral, en La Pampa, parten graciosos y queribles personajes, como Mishkila, una vaca holandesa, Nehuén, un caballo colectivero, y unas nerviosas pasajeras cabritas. El recorrido del cuento nos abre al conocimiento de distintos caminos a transitar -como montaña, piedra, nieve, asfalto, tierra- que recorren nuestro país. En su travesía, se suceden distintos episodios con las señales informativas y los personajes, como los lectores, orientados por mapas, brújula, gps, nos muestran la educación vial como proceso educativo integral y permanente.

**Escuela N° 52
Nicolás Avellaneda**
Coronel Hilario Lagos
La Pampa
6° grado

**Escuela Primaria N° 1029
Dr. Félix Omar Ané**
Pampa del Infierno
Chaco
3° grado

**Escuela Primaria N°43
Soldado Argentino**
Chivilcoy
Buenos Aires
6° grado

**Escuela N° 519
Tomás Godoy Cruz**
Colonia Arroyo Bonito
Jardín de América
Misiones
7° grado

**Escuela N° 35
Capitán Justo
José de Urquiza**
Lonquimay
La Pampa
3° grado

06

LA LECHUZA MAESTRA

Los protagonistas aprenden a mirar y a escuchar a su alrededor a través de un personaje que forma parte de su paisaje cotidiano, el campo cordobés, en el que en principio, no reparan. Pero estos alumnos de escuela rural, imprudentes en su cruce por la ruta, aprenden a través de la observación y a fijar, a través de una oportuna rima, el conocimiento adquirido, a escuchar a una lechuza maestra y revisar sus conductas inadecuadas con una actitud diferente y abierta al entorno que los rodea.

07

LAS HUELLAS DE WALI

El cuento, con propiedad, utiliza el recurso del objeto cargado de contenido emocional, que pasa de generación en generación. Un chico de once años que vive en un pequeño pueblo, recibe como herencia los borcegos de su abuelo cuando éste se jubila de su puesto de Inspector de Tránsito. Este niño se propone como inspector de tránsito de la escuela, centrándose en el uso responsable de las bicicletas, como el casco y los elementos refractarios. A través de una campaña creativa logra generar una conciencia y un accionar colectivo que habilita la reflexión sobre las causas de los siniestros viales y cómo prevenirlos. El remate da cuenta de las huellas que cada uno puede dejar en su comunidad.

08

PEYTON SALVA LA CIUDAD

El cuento nos muestra personajes contrapuestos. Peyton, el responsable, se preocupa e interviene activamente, a favor de una ciudad segura. Sus antagonistas son Billi, hijo de un importante empresario sin escrúpulos, constructor de autos, que logra privar de semáforos a la ciudad para satisfacer su capricho de utilizar las calles como pistas de carreras. A través de los sucesos que se presentan, reconocemos qué regulaciones favorecen la circulación segura y vemos a Peyton como un sujeto activo y preocupado por el bien social, en el marco del ejercicio ciudadano.

09

UN DÍA EN EL CENTRO

Un niño va con su padre a hacer compras y trámites a la ciudad. Uno a otro se aconsejan y acompañan, primero circulando en auto y luego, como peatones. Aparecen carteles reguladores y temas como la velocidad en la ruta y la conducta de otros automovilistas. El texto muestra la comunicación con los adultos y el respeto y la solidaridad con los mayores.

10

PACO Y SU BICICLETA

Un niño que debe trasladarse de su escuela rural en el campo a una secundaria en una ciudad que lo atemoriza. Su maestra, a través de la construcción de un semáforo y el dibujo de una senda peatonal, lo ayuda a prepararse para deambular con su querida bicicleta por la ciudad, entendiendo que "entre todos, cuidamos la vida". Es interesante la manera en que se muestra como el protagonista pide ayuda para enfrentar los cambios que le tocan vivir.

Centro Educativo Juan Martín de Pueyrredón
Salguero
Córdoba
1º y 2º grado

Escuela N°17 Dr. Francisco Javier Muñiz
Intendente Alvear
La Pampa
6º grado

Escuela N°12 Congresales de Tucumán
General Pico
La Pampa
5º grado

Colegio Parroquial Santa Lucía
Santa Lucía
San Juan
5º grado

Escuela Bernardino Rivadavia
Las Varillas
Córdoba
5º grado



Había una vez un gusanito llamado Benito, que vivía en el estanque de la huerta de una escuela, junto a sus amiguitos: Tina la mariposa, el caracol Romeo y su hermana Abril, la rana Renata y las hormiguitas Bernarda y Angélica.

Un día, Benito salió a recorrer la escuela: pasó por los patios, por debajo de los árboles, por las aulas y también por la sala

de computación. En eso se encontró con la entrada principal, donde estaban formados los niños para salir, esperando con ansias llegar a sus casas.

De pronto sintió un temblor y se vio escapando de los pisotones. Entre tanto revuelo, terminó enganchado en los cordones de Lorenzo, un alumno de la escuela. De ahí podía contemplar lo mal que circulaban los niños por la calle: los vio cruzando por la calle en diagonal, saliendo por detrás de los autos estacionados, jugando carreras en bicicletas. Por suerte, Lorenzo seguía comportándose según las normas de tránsito y Benito logró desprenderse de la zapatilla.

El gusanito, que sabía cómo circulaban los niños por la calle, fue a pedirles ayuda a sus amiguitos del estanque. La primera idea que le surgió fue colocar señales de tránsito en las esquinas de la cuadra, pero fracasó porque los carteles eran diminutos y los niños no podían divisarlos. A su amiga Angélica, la hormiga, se le ocurrió colocar conos sobre sus hombros para que los vieran, los esquiven y crucen por donde corresponde. Pero no funcionó, porque los patearon y ¡Puum!... se cayeron. Después de tantas y tantas ideas se les ocurrió una idea genial: pintarse el cuerpo de color naranja con una calabaza de la huerta. Así podían ser vistos y advertir a los niños sobre los riesgos que corrían cuando al salir de la escuela no miraban hacia ambos lados para cruzar y tampoco tenían cuidado con las bicicletas y autos.

Para esto, tuvieron que pedir ayuda al conejo Juancho que se encontraba tranquilamente comiendo. Al instante que escuchó la explicación de Benito, aceptó la propuesta para colaborar en proteger la seguridad de los niños. Por suerte, esa tarde, un alumno al alimentarlo,

olvidó poner la traba a su jaula.

Cuando encontraron la calabaza adecuada, Juancho empezó a roerla hasta que se partió en dos y así todos se zambulleron en ella. La rana Renata opinó que eran muy pocos, entonces con Tina, la mariposa, fueron a buscar más reclutas. Mientras tanto, el conejo seguía rompiendo calabazas.

Una vez que estuvieron listos, partieron hacia el playón donde comenzaron a bailar y a cantar, tratando de llamar la atención de los niños y darles su mensaje. En ese momento se escuchó el timbre y comenzó el recreo. Todos salieron corriendo sin prestar atención al espectáculo, salvo Lorenzo que se sorprendió al ver aquellas cositas naranjas moviéndose.

Al inclinarse, pudo observar que eran pequeños animalitos que intentaban decirle algo, pero él no entendía; entonces ellos comenzaron a escribir en el piso con la tintura que tenían sobre su cuerpo, las siguientes palabras: “SEAN CUIDADOSOS”.

Lorenzo asombrado, fue a buscar a sus compañeros y al volver descubrió una nueva frase, en la que decía: “SI REPARTIERAN GOLOSINAS MIENTRAS LEEN LAS SEÑALES DE TRÁNSITO, LOS CHICOS PRESTARÍAN MÁS ATENCIÓN”.

Al leerlo, todos empezaron a reír porque no podían creer lo que ocurría. Entonces, Lorenzo les hizo comprender que no era natural que los insectos actuaran de esa manera y que debían preocuparse. Por eso, desde ese momento, todos comenzaron a actuar correctamente al entrar y al salir de la escuela, respetando las normas de tránsito como peatones.

De ahí en adelante, el gusanito Benito, fue reconocido por toda la comunidad como un referente de la Educación Vial.



Había una vez, hace no tanto tiempo una pequeña ciudad llamada Respetolandia. Era pequeña, pero preciosa, especialmente hermosa en el mes de agosto, porque florecían todos los lapachos que bordeaban las calles y la plaza del lugar. En un abrir y cerrar de ojos, Respetolandia era un mar de colores rosados en todas sus variantes: más claras, más oscuras, además de algunos amarillos y blancos de tanto en tanto.

Allí todo era ordenado, limpio y armonioso. Su nombre se debía a que los habitantes del lugar eran muy respetuosos con sus amigos, vecinos, familiares y todas aquellas personas que visitaban ese precioso lugar, porque sabían que el respeto por uno mismo y por los demás era la mejor manera de que su pequeña ciudad fuera creciendo y que todos pudieran disfrutarla.

Sus calles estaban limpias, iluminadas y con todas las señales y carteles necesarios para que nadie sufriera ningún tipo de accidente, es decir, para que hubiera un tránsito adecuado por el lugar.

Los semáforos funcionaban perfectamente, ya que los encargados de su mantenimiento se tomaban su trabajo muy en serio, y a la primera falla corrían a solucionar el problema. Además, desde el más pequeño al más grande entendían perfectamente lo que el guiño de color significaba: Amarillo: precaución, Rojo: nos detenemos y Verde, avanzamos. Los carteles de prohibido estacionar, lomada de burro, prohibido girar en “U” y todos aquellas señales necesarias para indicar a los habitantes de Respetolandia como comportarse en la vía pública estaban muy bien cuidados. La gente del lugar era muy feliz.

Pero a las afueras de este bello lugar vivía un duende llamado Paco. Él era muy travieso, no había día en que no observara a los habitantes de la ciudad, sentado cómodamente en la copa del lapacho más viejo y alto del lugar que estaba justo en la entrada Respetolandia. Como Paco era muy inquieto, no podía ver que todo funcionara bien, le gustaba el desorden y disfrutaba viendo a los pequeños animales huyendo desordenada y torpemente cuando él les hacía alguna broma de mal gusto. Le daba mucha bronca observar que en la ciudad todo estuviera en orden y repetía:

-¡Pucha!.. Por qué ese auto no pasó en rojo...

- ¡Mi Dios! Por qué esa niña espera sobre la vereda, mientras observa

hacia ambos lados de la calle.

- No, no... ¡Con semejante auto yo iría por la ciudad a 120km por hora! Y así, como éstas, otras tantas ideas locas más.

Un día, estaba tan aburrido que se le ocurrió un plan malvado, y dijo: “Ñaca, ñaca, ñaca ¿Qué pasaría en Respetolandia si cambio, rompo o saco todos los carteles y señales de tránsito? Y “Jua jua jua”, rió malvadamente

Y con ésta tremenda idea, esperó una noche a que todos estuviesen muy dormidos. Se acercó silenciosamente a la ciudad y pintó de violeta, naranja y turquesa los semáforos. Y puso un cartel que decía: “Permitido girar en U las veces que usted quiera”, carteles de estacionar frente a todos los garajes del lugar, y como ésta un montón de travesuras más.

Al día siguiente, todas las personas se levantaron para ir al trabajo, a la escuela, al supermercado, pero grande fue la confusión cuando todos empezaron a gritarse porque respetaban las señales de tránsito que veían pero, sin darse cuenta de que perjudicaban a otro, porque estaban cambiadas.

En todo el lugar sólo se escuchaban bocinazos y palabras feas, los vecinos ya no estaban contentos, todo era caos y confusión. Desde allá, en el lapacho más alto, el duende travieso, no paraba de reírse. Se reía tanto y tanto que no podía parar: “ijuajuaujuajuajuaujau!, esto sí que es muy muy divertido, jujajuajuajuaujau”. Pero se rió tanto, pero tanto, que empezó a dolerle la pancita. ¡UFFF, como le dolía! Un gaucho que pasaba por el lugar, lo escuchó quejarse y pensó: “Pobrecito ¿qué le pasará?

Se acercó a él y con una voz amable le dijo: -Amigo, ¿necesita ayuda?

-Si, por favor -suplicó el duende refregándose con sus manos la pancita, que tanto le dolía.

El gaucho lo subió a su caballo y lo llevó hasta la casa más cercana a

orillas de la ciudad. El duende travieso se veía muy mal. La dueña de la casa, afligida, tomó su celular y marcó el número de emergencias 911.

Una voz amable le respondió y la tranquilizó diciendo que pronto llegaría una ambulancia. Pero el caos en la ciudad era tal, que pasó un largo rato y nadie llegaba. Mientras tanto el gaucho y la doña trataban de calmar al pequeño duende. Fueron amables con él y al ver tanto cariño, respeto y amor, al pequeñín le fue pasando su dolor. Mientras ello ocurría pensaba en lo que hubiese ocurrido si hubiera tenido un accidente muy grave y la ambulancia nunca hubiera podido llegar porque él había ocasionado un desorden con su travesura.

En ese momento, se dio cuenta del valor que tiene el cuidado y respeto de las señales de tránsito para la seguridad vial.

Una vez que su dolor de pancita pasó, un extraño dolor en su pecho fue creciendo y Paco sintió vergüenza y ganas de llorar. Disimuló lo que le estaba pasando, agradeció a la dueña de casa y al gaucho por sus atenciones y caminó pensativo hasta el viejo lapacho. Acomodado entre las rosadas flores, pensó en todo el mal que había ocasionado.

Al otro día, apenas el sol comenzaba a aparecer, Paco se dirigió a la ciudad y corrigió sus travesuras. Muy arrepentido fue hasta el hospital y pidió disculpas a todas las personas que habían sufrido algún tipo de accidente de tránsito por su culpa. También pidió disculpas a los trabajadores de la municipalidad, a los inspectores de tránsito...en fin, a toda Respetolandia.

Desde entonces, Paco observa desde su lapacho cómo se comportan los ciudadanos de la ciudad, aprende todo lo que puede acerca de la educación vial y está siempre alerta para avisar a las autoridades si algo raro ocurre con el tránsito. Paco recibió una muy buena lección: “Si todos respetamos las señales de tránsito, nuestra ciudad será más hermosa y agradable.”



Había una vez un nene que se llamaba Joaquín. En la escuela su sueño le pidió que inventara un cuento sobre las normas de tránsito en la ciudad.

Esa noche Joaquín soñó que en su ciudad un día aparecía un duende travieso que cambiaba algunas señales de tránsito de lugar, ponía otras patas para arriba y a los semáforos, les cambiaba el color. La gente no entendía nada, todos gritaban y corrían, los automovilistas tocaban bocinas.

El duendecito contento saltaba de aquí para allá .La ciudad era un caos. Los conductores no sabían que hacer: si continuar, si parar. Algunos miraban los carteles con curiosidad, otros escapaban gritando. Nadie entendía nada.

En medio de semejante descontrol, Joaquín se convirtió en mago y enfrentó al duende travieso. Lo atrapó y le enseñó cómo se vive en la ciudad.

Levantó su varita mágica, pronunció unas palabras raras y todo volvió a la normalidad. El semáforo volvió a recuperar sus colores, los carteles tomaron su antigua forma y le explicó al duende qué son las normas de tránsito.

Le dijo que las cosas no están por estar, que todo tiene importancia y es por nuestra seguridad.

El pequeño duende lo miraba con ojos grandes y se dispuso a aprender: es así que se fue con Joaquín a recorrer la ciudad.

A cada paso, el nene explicaba para que servía cada señal, cada cartel. Así siguieron juntitos, caminando y hablando.

Andando y andando llegaron a la plaza, se sentaron en un banco y Joaquín preguntó:

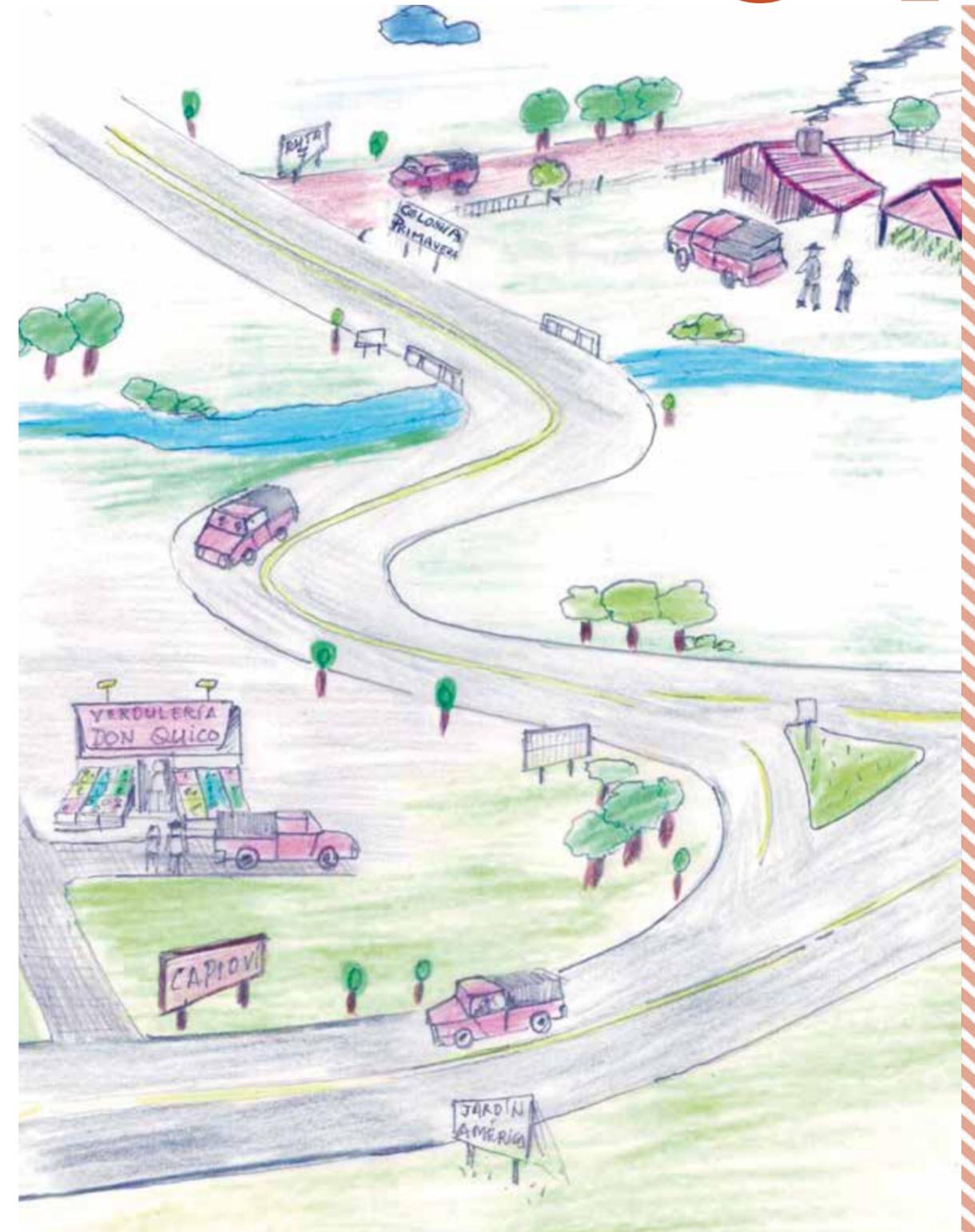
-¿Te gustó lo que aprendiste?

El duende contestó:

-¡Claro que me gustó!, ahora entiendo lo importante que es respetar las normas de tránsito, poder vivir organizados y no hacer nada mal.

El duende se fue feliz a su mundo de magia; en el mismo momento Joaquín se despertó y saltó de la cama.

Fue contento hasta su escritorio y escribió el cuento que al otro día entregaría a su seño, seguro de sacar una buena nota.



Mi abuelo es mi mejor compañía, se llama Juan Edmundo González, vive solo ya que la abuela Marta nos ha dejado hace unos cuantos años, pero nos tiene a nosotros y una pequeña chacrita en la Colonia Primavera con la que no tiene tiempo de entristecerse. Con él comparto los días en que no tengo clases y alguno que otro fin de semana; cuando mis padres me dan permiso porque he cumplido con mis obligaciones de la semana. Con él he vivido muy gratos momentos y –a Dios gracias- lo sigo haciendo. Tiene una pequeña chacra en la Colonia Primavera y a pesar de los años que le caen encima, es muy trabajador y se siente orgulloso de ser misionero, de pertenecer a la tierra colorada como dice...

En la chacra encuentro de todo un poco: patos, chanchos, una lechera vieja, gallinas y un vivero muy grande. Allí hay lechuga, cebollines, tomates y una enorme variedad de hierbas que –según el viejo- “son para darle sabor a las comidas”...

Cuando puedo paso tiempo allí, ayudando en el cuidado de las plantas, en la cosecha y en el armado de los mazos para cargar los cajones que diariamente Juancho les vende a los comerciantes de la zona. El trabajo me cansa mucho, pero me gusta por demás; con el abuelo Juancho –como le suelo llamar- siempre aprendo cosas nuevas, tiene mucho conocimiento de la vida, los años para él no han pasado en vano. Yo a veces le consulto sobre temas que vemos en la escuela porque sé que siempre tendrá una respuesta justa. Pruebas de eso están a la vista, sin ir más lejos, la semana pasada, en la escuela estuvimos aprendiendo mucho sobre las reglas de tránsito que deben respetarse, tanto por los peatones como por los que conducen en las calles, avenidas y rutas. Cuando le comenté a Juancho sobre ello, él se interesó muchísimo y me dijo que son cosas que debemos conocer y respetar, que son cosas que “nos cuidan la vida”...

-¿Cómo que nos cuidan la vida? –pregunté, sorprendido.

-Sí, las leyes de tránsito están para ser respetadas, de lo contrario, si las ignoramos podemos dañar y dañarnos... a eso le llamo “irresponsabilidad vial”...

-No entiendo Abu... ¿Qué querés decir con eso?

-Mirá Carlitos, manejar un vehículo no es fácil, aunque lo parezca; todo tiene sus secretos y su riesgo, tanto para los que conducen como para los demás... por ejemplo: yo tengo esa camioneta que uso para llevar la verdura, manejarla no es tan fácil como parece. Tiene que estar en condiciones y hay que estar provisto de la documentación necesaria para circular. Ni qué hablar de lo que significa eso, si pensamos en cómo usarla, sin que sea riesgoso para uno y para las otras personas...

-¿Y cuál es ese riesgo del que hablás?

-Ese riesgo, mi nieto, consiste en saber que si no respeto –por caso- las señales de tránsito, si no tengo en condiciones la camioneta, si no estoy sano para conducir; podría cometer un grave error que ponga en peligro mi vida y la de otros... ¿Entendés?

-¡Ah! Ya entiendo...

-Sabés –me dijo el abuelo- el sábado que viene, muy temprano, debo llevar mercadería a Capioví, a Don Quico... Te hago una propuesta; te venís el viernes, dormís en mi casa y al otro día, tempranito, preparamos todo y nos vamos; de paso verificaremos cuánto sabés de lo aprendido con tu maestra sobre el tránsito, señales y demás cosas... ¿Querés?

-Claro que quiero, claro que síiiii... -respondí con una alegría que me rebosaba de felicidad.

Aquella semana se me hizo interminable, esperé con ansias aquel día. Mientras tanto, en el aula continuábamos tratando el tema sobre

la seguridad en la vía pública, las señales que había que conocer y demás. Y yo aún tenía algunas dudas que esperaba quitarme de encima con esa especie de examen al que el abuelo Juan me enfrentaría durante el viaje.

Hacía mucho tiempo que no viajaba en la multicarga de Juancho, un Fiat modelo 90, pero que el abuelo se había encargado de poner en condiciones al punto que tenía nuevo tapizado, cinturones de seguridad nuevos y había cambiado por completo los cables de la instalación eléctrica para todas las luces. El abuelo solía decir: “A la ruta hay que salir bien preparado”...

Por fin llegó el sábado tan anhelado por mí, yo ya estaba en la chacra y nos levantamos con el sol apenas asomando y un frío que se hacía sentir. Preparamos mate, desayunamos y nos dispusimos a cumplir con la rutina, como cortar la verdura, lavarla, armar los atados y ubicarlos en los cajones de modo que todo quedara prolijo; llevábamos cebollines, acelga, perejil, lechuga y algunas aromáticas. Me sorprendía ver esas manos grandes y callosas del abuelo, cómo trataba con tanta delicadeza a la verdura como si se tratara de la pieza más delicada del mundo; él amaba su trabajo... de tal manera, pudimos acomodar la mercadería en tres pilas que luego cubrimos con una lona atada en los cuatro ángulos. Nos esperaba entonces un corto pero emocionante viaje de unos treinta o treinta y cinco kilómetros repartidos entre entoscado y pavimento de dos rutas, la 7 y la 12.

La alegría me inundaba, me temblaban las piernas, hacía tanto que no viajaba a ningún lado; lo más lejos a que pude llegar era a la escuela de Colonia Arroyo Bonito, a donde concurría ya que mi papá trabaja allí y me lleva todos los días. Pero esta oportunidad era única, no podía perderla por nada; además el abuelo me llenaría de preguntas sobre lo aprendido en la escuela sobre la enseñanza vial... Me

esperaba una prueba muy importante.

Tras los preparativos, partimos y lo primero que Juancho observó fue sin él decírmelo, si me colocaba el cinturón y cuando me vio ajustármelo, sonrió alegremente y dijo:

-¡Muy bien! Así me gusta... estás empezando a entender de qué se trata...

-Ves abuelo que algo sé... -dije mientras reía satisfecho y agrandado.

Cruzamos el portón y tomamos por la calle Islas Malvinas, un camino entoscado de ida y vuelta por el cual se sale o se entra al pueblo. Entre algunos sacudones, marchábamos muy lento, la calle no estaba muy pareja y las últimas lluvias habían agrandado las huellas que dejaban los camiones que a diario entran y salen hacia la tealera “El Vasco”. De todos modos, sentía una inmensa alegría que me llenaba el pecho; iba de viaje nada más y nada menos que con mi abuelo querido, ayudándole en su noble tarea y disfrutando del hermoso paisaje de nuestra Misiones.

La lentitud nos invitaba a mirar alrededor, la brisa débil peinaba los árboles y las hojas se movían con una música ausente, los yerbales se veían poblados de gente ya que había comenzado la tarea y algunas que otras vacas se veían pastar rebuscando los pocos pastos verdes que había decidido dejar en pie la helada cruda de la noche anterior.

Mientras tanto, intercambiábamos con el abuelo algunas que otras cuestiones sobre el clima y los cambios que por entonces sufríamos.

Así, en medio de la linda conversación, llegamos al cruce de la ruta 7, la que debíamos tomar ahora. Yo pude darme cuenta de ello porque un gran cartel a la derecha nos indicaba el dato. Juancho detuvo la marcha y mientras esperaba, miraba para ambos lados, era necesario ver la ruta despejada para retomar el andar; lo cual se logró después de unos minutos de espera dado que, según el abuelo, se trataba de

una ruta provincial muy transitada.

Ya sobre la ruta 7, una pregunta se estrelló sobre mi cabeza:

-A ver, Carlitos... decime ¿para qué están esas dos líneas amarillas en el asfalto? Si bien la pregunta me sorprendió, me creía seguro de contestarla, era algo fácil de saber. De todos modos, inflé el pecho como con orgullo y dije:

-Están para separar las dos direcciones y el hecho de ser doble línea de color amarillo se debe a que en esta parte se prohíbe traspasar a otro vehículo...

-¡Muy bien gurisito! ¡Muy bien! Parece que la maestra te enseñó bien che...

Y esas palabras me hicieron tanto bien, mi alegría era total... yo sabía cosas y ya podía mostrarlas a mi querido abuelito, a una de las personas que más quería en el mundo, mi abuelo Juancho.

Después, cada tanto la doble línea cambiaba en entrecortada blanca de un lado, lo que también dio letra al Juancho para seguir esa especie de concurso de preguntas y respuestas al que me enfrentaba. Tan así era que, al llegar a la altura del puente Tabay, se presentaban varios carteles indicadores puesto que también debíamos tomar cuidados ya que nos acercábamos a Colonia Arroyo Bonito y un cartel mostraba “zona urbana”... Ante el mismo, el abuelo no tuvo otra idea que pedirme que le explicara el significado de la frase y qué debía hacerse al respecto.

En principio dudé, pero me tomé el tiempo y mientras trataba de armar en mi cabeza la respuesta, él, con esa pícara sonrisa, esperó ansioso la respuesta mientras atendía el camino.

-¿Parece que tenemos algunas dudas gurí? Si no te acordás no importa, yo te explico...

-¡No! ¡No! Estoy pensando... en algún libro, o un afiche... en algún

lado leí sobre eso... Sí, ya lo tengo, tengo que decirte que cuando los conductores se encuentran con ese cartel, deben aminorar la marcha porque seguro hay un pueblo cerca y gente andando por ahí... ¿Está bien?

-¡Muy bien Carlos! Pero te agrego algo: en esos casos también nos podemos encontrar con carteles de máxima velocidad, por lo general, de 60, todo depende del lugar. Eso permite que quienes conducimos podamos hacerlo en una marcha que nos permita maniobrar si nos encontramos con algún problema...

Yo le observaba atentamente, mientras pensaba en cuánto sabía esa cabeza blanca, llena de canas, de años y de saber.

Continuamos el camino y tal como se había dicho, encontramos unos chicos jugando a la pelota muy cerca del asfalto; eso, en cierta forma, justificaba la precaución que debía tomarse en esa zona. Más adelante, nos encontramos con un tramo sinuoso de curvas peligrosas, razón por la cual el abuelo sostuvo que -según su pensar- faltaban por allí señales, quienes no conocieran el lugar tendrían ciertos inconvenientes al transitar por allí. Mi viejito sabio decía que él, cada tanto, observa ese error y que también termina siendo un gran interrogante sobre si realmente las autoridades del sector toman conciencia de que las rutas son usadas por todos quienes conocen y desconocen las zonas y que la señalización debe estar en el lugar preciso. “Más vale que sobren y que no falten” solía decir...

Muy bien no entendí en principio, pero ahora se me aclara todo y comprendo a qué se refiere cuando lo dice. Ahora todo es más fácil de ver...

Por entonces pude darme cuenta de que nos acercábamos al cruce con ruta 12, unos cuantos carteles así lo mostraban. Allí había una pequeña rotonda y un control de gendarmería. Juancho detuvo la mar-

cha y mostró unos papeles al oficial y mientras leía detenidamente, hacía unas preguntas de rigor sobre la carga que llevábamos... Luego, el hombre devolvió la documentación y pidió al abuelo que levantara un costado de la lona, para lo cual el abuelo accedió amablemente. El hombre observó como por arriba y nos deseó buen viaje...

Retomamos el trayecto, ahora por la ruta 12; según Juancho era el tramo más difícil por la cantidad de tránsito que encontraríamos. Eso fue de notarse enseguida puesto que podíamos ver muchos autos, colectivos y camiones de gran tamaño. Ahora, el paisaje mostraba algunos cambios, más pinares, más estaciones de servicio, más cabañas en alquiler para turistas. A medida que avanzábamos, el abuelo me contaba sobre las diferencias que notaba en las señales de tránsito. Incluso pude conocer esas terceras trochas como las llamaba él y que, según su experiencia, habían llegado para resolver el problema de los camiones cuando deben transitar en las subidas y detienen el tránsito de los que vienen detrás.

-Si mirás bien Carlitos, estas terceras trochas están hechas en las lomadas y en zonas de curvas peligrosas... esto es bueno pues no se estanca el tránsito y de seguro que habrá menos accidentes desde que se implementaron. Yo, muy inocentemente pregunté:

-¿Y por qué no hace la ruta más ancha?

Y el viejito, con su tono pícaro me respondió:

-Sencillamente porque tiene un altísimo costo, cuesta mucho dinero, hijo, aparte del tiempo y los inconvenientes...

En medio de la interesante charla, pude ver el cartel "Bienvenidos a Capioví" que teníamos adelante, ante nuestros ojos. Antes habíamos pasado otros indicadores que renovaron aquel de "Zona Urbana" y "Velocidad Máxima" y demás...

-Estamos llegando, Quico debe estar esperándonos... Hace tiempo

que no le veo...

-¿Le va bien con el negocio? -pregunté interesándome en el tema.

-Sí... aunque hace como un mes que no le veo, compraba verduras en la zona hasta que se acordó de mí y me llamó. Sabe que le hago buen precio y de la calidad de lo nuestro... -dijo mientras le brillaban los ojos de orgullo.

De pronto, tomamos por una entrada anterior a la que según el abuelo, era la principal; para ingresar a la ciudad tranquila y limpia. Yo hacía mucho tiempo que no la veía, creo que vine solo una vez cuando mami me trajo a un médico de alergias. Para mí, acostumbrado a la vida de campo, era como conocer una gran ciudad y, por supuesto, todo llamaba mi atención.

Doblamos por una cortada hacia la derecha y allá, a las dos cuadras se leía en un gran letrero: Verdulería Don Quico. Con tranquilidad solté mi cinturón y me fui preparando para ayudar en la descarga. Lo que más me animaba era que aún quedaba el regreso y con ello nuevos saberes y experiencias de mi viejito sabio, como yo le llamaba. Eso no me lo perdería por nada.

Al momento, nos detuvimos frente al negocio y pude ver a un hombre inmenso parado en la puerta del local que apenas dejaba ver su figura detrás de innumerables cajones de frutas y de verduras.

-Ahí esta Quico- dijo el abuelo. Bajemos a saludarle.



En un pueblito llamado Suncho Corral, había una vaca llamada Mishkila, pero no era una vaca común sino que era viajera, de raza Holandesa. Esta iba un día al campo, otro día al pueblo. Por su trabajo era nómada como sus antepasados.

¿Qué trabajo tenía? Su trabajo era recorrer los caminos de piedras, tierra, asfalto, de nieve, montañas, lo cual implicaba

respetar cada señal de tránsito. Los caminos de montañas tienen muchos precipicios, en los caminos de piedra, la vaca tiene que ir despacio porque le puede saltar alguna piedrita. En los lugares de nieve, Mishkila circulaba con precaución usando cadenas.

Un día, Mishkila, se encontró con un caballo colectivo llamado Nehuén y le dijo: -¡Hola buen señor! Tanto tiempo que no nos vemos, pero al fin nos encontramos...

El caballo le contestó: -¡Hola! ¿Qué tal? Me venís justo como herradura en la pata, necesito que me ayudes a manejar un largo viaje por distintas ciudades de la Argentina. Mishkila se quedó pensando -mmmm- y dijo: -¡Cómo no! ¿Cuándo vamos? ¿A qué hora salimos? ¿A qué ciudades iremos?

El caballo le respondió: -Saldremos el jueves a la madrugada a llevar varias cabritas a San Luis pues allí tienen una visita escolar a distintos museos históricos.

-Ay, no sé ¿cómo vamos a llegar? -preguntó Nehuén.

La vaca, desesperada, con los pelos de punta en la cola, barbilla y todo el cuerpo, dijo: - ¡Cómo no vamos a saber dónde queda! Vamos a buscar mapas, una brújula o mejor un GPS...

El caballo dijo: -¿Un GPS? ¿Qué es eso?

-Es un instrumento que nos va a servir para guiarnos en cada paso del recorrido- contestó Mishkila.

-iiiiAaaaaahhhhh!!!!- suspiró el caballo.

Así fue que prepararon todo el equipaje (ropa, comida, mapas, etc.) y emprendieron viaje.

Cuando estaban viajando, observaron varios carteles amarillos con

ciervos, pero no les dieron importancia. De repente, se les apareció una manada de ciervos que querían encarar el colectivo.

Mishkila, angustiada, le dijo a Nehuén: - ¡¡¡Ahhhh!!! ¡¡¡Apúrate apúrate, subí la velocidad!!!! Nehuén le contestó: -No se puede aumentar más la velocidad porque el cartel indica 90 como máximo.

Ante esto, el caballo dobló esquivando a los ciervos. Al desviarse tomó un camino distinto, en el que se perdieron. Por ello, las cabritas estaban muy asustadas, nerviosas y con mucha sed.

Una de ellas dijo: -¿Qué sucede?

Otro dijo: -¿Qué pasó?!

Mishkila exclamó: -¡No se pongan nerviosas chicas! ¡Todo va a estar bien! Sólo era una manada de ciervos.

Las cabritas contestaron: -Queremos parar a tomar y comer algo.

-Bueno, esperen que encontremos alguna indicación de un negocio.

Mishkila le dijo a Nehuén: - ¡Dame el volante que te veo muy cansado!

Nehuén le respondió: -¡¡Muy bien!! Esperá que voy a poner las balizas para parar en la banquina.

Cuando Mishkila tomó el volante, les dijo a las cabritas y a Nehuén: -¡Asegúrense muy bien el cinturón que el caballo va a dormir en el colchón!

En el camino Mishkila se encontró con un cartel azul e interpretó que era un vaso. ¡¡¡Pero... no lo era!! Era una estación de servicio.

Mishkila continuó manejando y vio un cartel azul con una taza, se detuvo y dijo: -Aquí hay una cafetería y podemos merendar todos. Las cabritas contestaron: -¡Qué bueno! ¡¡¡¡lupi!!!!

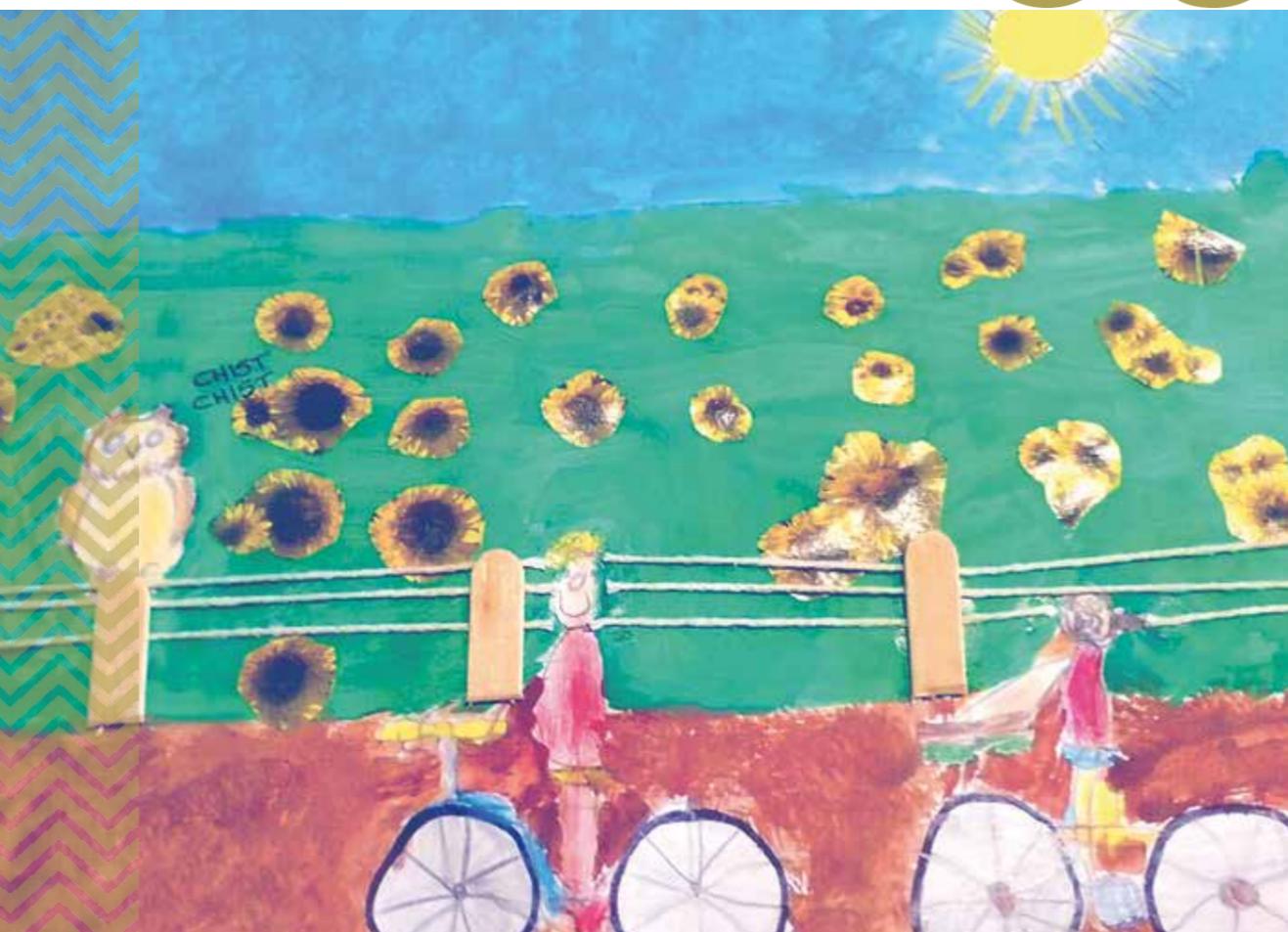
Al terminar de merendar, tomaron la ruta para seguir viajando hacia San Luis, pero Mishkila entró en un estado de desesperación porque no encontraba el cartel de orientación. Luego de varias horas de

cruzar puentes, ver todas las señales informativas, preventivas y de prohibición, se topó con un cartel de encrucijada y se dijo: -¿Y ahora?, ¿qué camino elijo? ¡¡Uy me perdí!!! Mejor voy a buscar mi GPS y marcaré las coordenadas al museo histórico de la ciudad de San Luis.

Finalmente, llegaron al lugar del destino porque vieron el cartel informativo del museo. Las cabritas gritaron: - ¡¡Llegamos, al fin llegamos!!! Fue así que Mishkila, Nehuén y las cabritas se sacaron una foto al frente del museo.

SAN LUIS

“COLORÍN COLORADO...ESTE VIAJE HA TERMINADO”



Había una vez dos chicos llamados Lucas y Micaela que vivían en un campo en Córdoba. Su papá era tambero y su mamá criaba gallinas para luego poder vender los huevos en la ciudad más próxima. Los dos chicos concurrían a primero y segundo grado de una escuela rural.

Para llegar allí debían cruzar una ruta muy transitada y peligrosa. Iban siempre en bicicleta cantando, jugando y charlan-

do. ¡Y muchas veces corrían carreras! Cuando debían cruzar la ruta, miraban muy poco y pasaban rápido.

Siempre veían, en un poste de un campo por el que pasaban, a una lechuza que hacía su sonido característico: CHIST CHIST. Al mismo tiempo, movía la cabeza para un lado y para el otro.

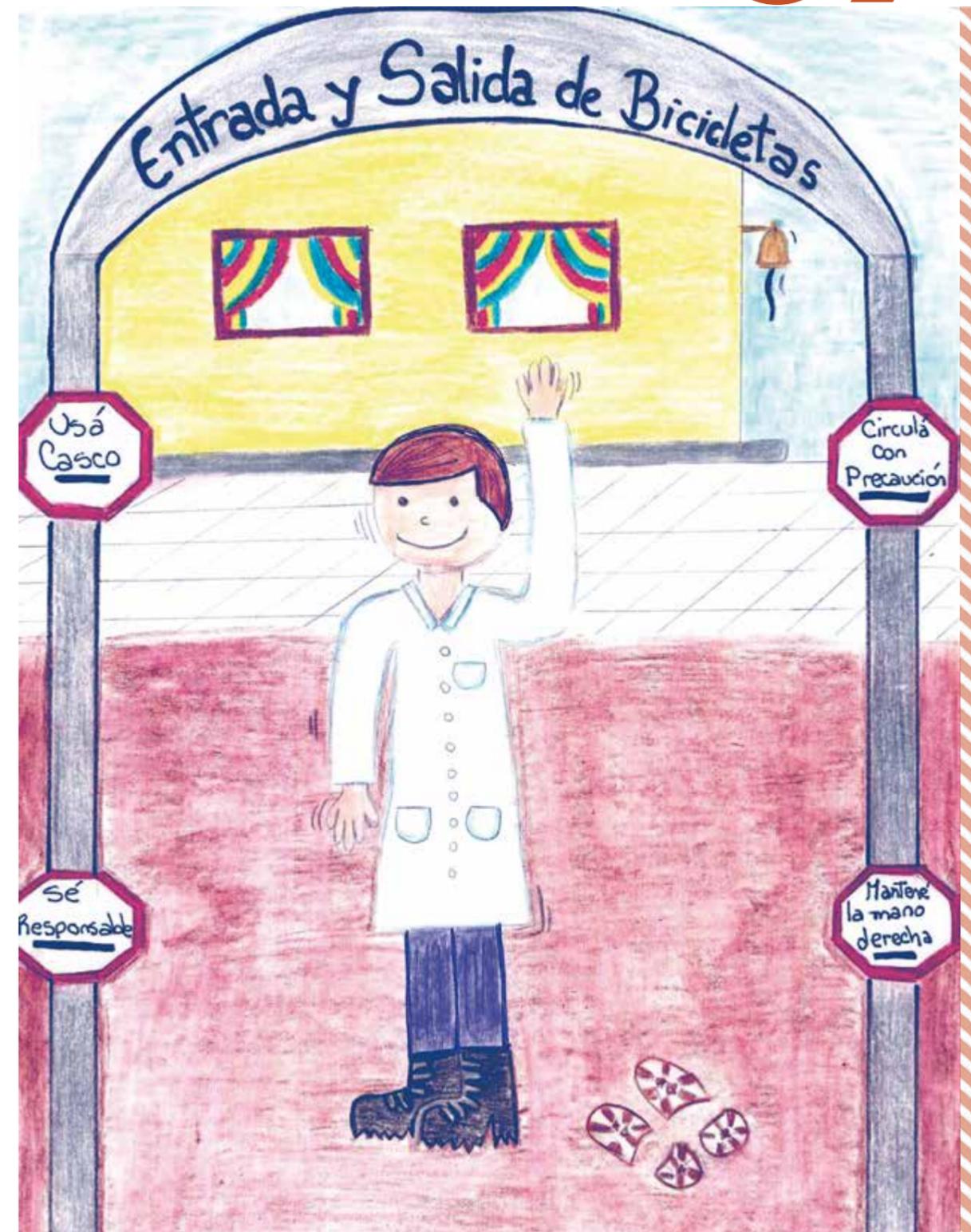
Lucas y Micaela pensaban que la lechuza les quería decir que se callaran un poco. Por eso, se reían y le hacían burla. Aunque la maestra, constantemente, les recomendaba que antes de cruzar la ruta se detuvieran a observar si venía algún vehículo. Y se los hacía recordar con un versito:

NUNCA DEJES DE MIRAR
PARA AQUÍ Y PARA ALLÁ.
CUANDO VAYAS A CRUZAR
NUNCA DEJES DE MIRAR.

Todo iba bien hasta que un día, al momento de cruzar la ruta, no vieron que venía un camión a mucha velocidad. Con un fuerte bocinazo, el conductor les avisó que estaban transitando distraídos. ¡Qué susto se dieron! En ese mismo momento escucharon, como todos los días, a la lechuza que hacía CHIST CHIST y movía la cabeza hacia ambos lados. Inmediatamente se dieron cuenta de algo muy importante: lo que la lechuza siempre les había querido avisar, con su movimiento de cabeza, era que prestaran más atención y miraran bien al cruzar la ruta.

Al llegar a la escuela, le contaron a la maestra y a sus compañeros lo que les había sucedido. Desde ese día, Lucas y Micaela comenzaron a saludar todos los días a la lechuza. Ya no se burlaron más de ella porque habían comprendido que quería ayudarlos y le agradecían que les hubiera enseñado algo tan útil. Cada vez que llegaba el momento de cruzar la ruta, detenían las bicicletas y se ponían a cantar:

NUNCA DEJES DE MIRAR
PARA AQUÍ Y PARA ALLÁ.
CUANDO VAYAS A CRUZAR
NUNCA DEJES DE MIRAR.



Esta historia podría ser una de las tantas que cuentan las abuelas. También podría ser una más de las que ocurren en las ciudades y pueblos a diario.

Pero no, no es así. Esta es una historia especial: cuenta las enseñanzas que dejaron las huellas de Wali.

-Pero... ¿quién es Wali?- se preguntarán.

Bueno, Wali es un niño como nosotros. Un chico de unos once años que vive en un pequeño pueblo con sus padres y sus dos hermanos: Willi, el mayor, de diecisiete, y Wanda la menor, de cinco.

Hasta aquí, todo parecería común y corriente, pero Wali no es alguien común, él es el nieto de Don Walter, el inspector de tránsito más querido y renombrado que hubo en esta comunidad.

Así es. Todo aquel que alguna vez haya recorrido las calles de nuestro pueblo ha conocido al famoso inspector Walter. Lo hemos visto en las mañanas bien temprano y al mediodía, ordenando el tránsito en las esquinas de la escuela, vigilando la conducta de peatones y conductores en las principales instituciones y comercios, o también ayudando a algún anciano o mamá y sus hijitos a cruzar alguna calle muy transitada.

Sí, todos lo conocemos. Walter fue por largo tiempo nuestro abuelo protector en las calles, una especie de ángel guardián.

Hablamos en pasado porque a fin de año se jubiló, y por supuesto, todos sentimos un gran vacío con su ausencia.

Los niños extrañamos el ruido de su silbato, los conductores al hombre que los vigilaba y “los ponía en vereda” si estaban cometiendo alguna infracción y los más viejitos, añoran su saludo o alguna charla rápida al pasar.

De esta manera, y pasados ya los agasajos y reconocimientos por su retiro, Walter decidió un día dejar parte de la herencia de los años

de trabajo a sus tres únicos nietos: a Willi le regaló su gorra, a la pequeña Wanda el silbato y a Wali...a él le regaló sus borcegos. Sí, esos zapatos que el niño admiraba tanto, que le lustrara a diario con infinita paciencia y dedicación y que le sacaba a escondidas cuando él salía de casa.

Le gustaba ponérselos y mirarse al espejo, escuchar el ruido potente de las suelas en el piso y sobre todo, salir al patio y observar las profundas huellas que dejaban sobre la tierra. Pensaba que al igual que éstas, su abuelo había dejado con su trabajo una marca imborrable entre los habitantes del pueblo.

Imagínense la emoción del chico al recibir por herencia, tan preciado regalo.

No sólo deseaba tener puestos sus borcegos todo el día, sino que además, quería que al igual que en otras épocas, prestaran un servicio a la comunidad.

Tanto pensó Wali en esto, que una mañana, al dejar su bici en el desordenado biciclero de la escuela, tuvo una idea: le propondría a la directora ser el nuevo inspector de tránsito del colegio.

¡Qué emoción tenía! ¡Apenas si pudo contenerse hasta el toque de campana para contarle la idea a la señora!

Como habrán de imaginarse, luego de escuchar la propuesta, la autoridad aceptó encantada.

Así pues, nuestro amigo inició su tarea una fría y ventosa de mayo. Todos los días comenzaba su trabajo muy temprano en la mañana. A las ocho menos cuarto llegaba y se paraba en el medio del portón trasero de la escuela. A medida que iban llegando los alumnos, les pedía que se bajaran de las bicis y que las llevaran a pie y en fila india hacia el lugar correspondiente, indicándoles que siempre mantuvieran la derecha.

El trabajo del chico no fue nada fácil en los comienzos. Los niños no siempre le obedecían y les costaba aceptar las reglas impuestas por su par. Pero cuando su ánimo decaía, Wali recordaba las palabras de su abuelo inspector que había escuchado tantas veces y decían: “Con paciencia se genera conciencia” y volvía a intentarlo de nuevo.

Con el correr de los días también observó con preocupación que no era costumbre en los niños usar el casco de protección.

Entonces pensó en promover algunas acciones entre la familia y la escuela para cambiar este hábito.

De esta manera, en primer lugar convocó a su abuelo para que ofreciera una charla, también proyectó varios videos y finalmente repartió volantes que decían:

*“Usá casco,
si tenés un accidente
la cabeza es tu paragolpes”*

Tan insistentes y persuasivas fueron las acciones que en un tiempo no demasiado largo comenzaron a verse los frutos. Primero fueron pocos, luego se sumaron algunos más y finalmente la mayoría comenzó a llevar el casco.

¡Qué contento y satisfecho estaba Wali! Aunque no lo dijera, sentía que los borregos del abuelo le transmitían la fuerza necesaria para lograr sus objetivos. Sí, era el espíritu de Don Walter el que obraba aquellas maravillas.

En otra oportunidad también cayó en la cuenta de que algunas bicis no tenían los elementos refractarios correspondientes y en tiempo de invierno, los niños venían a la escuela con muy poca luz. Esto, sumado a la falta de experiencia para circular en la vía pública por parte de algunos pequeños, los convertía en blanco fácil de algún accidente. Por esta razón, y viendo la humildad de algunos de sus compañeros,

el muchacho les propuso una idea muy creativa: quien no tuviera dinero para comprar luces u ojos de gato, podría reemplazarlos por CD's en desuso. Así, se puso en marcha en la escuela “La Campaña del CD” donde todo aquel que consiguiera uno de éstos podría acercarlo y ofrecerlo a quien lo necesitara. De esta manera, el trabajo de Wali continuó incansablemente a lo largo de todo el año, ofreciendo carteleras, mostrando videos, trayendo a la institución personal idóneo para ofrecer charlas, entre otras tantas actividades.

El trabajo fue tan intenso, que casi sin darse cuenta llegó diciembre y con él, el fin del curso escolar. ¡Qué rápido había pasado el año!

La comunidad educativa no quería que el niño partiera de la escuela sin recibir un reconocimiento especial por su tarea, y por esta razón, el acto de fin de curso, fue la ocasión adecuada para agradecerle. Así, decidieron reconocer su labor entregándole una plaqueta que decía:

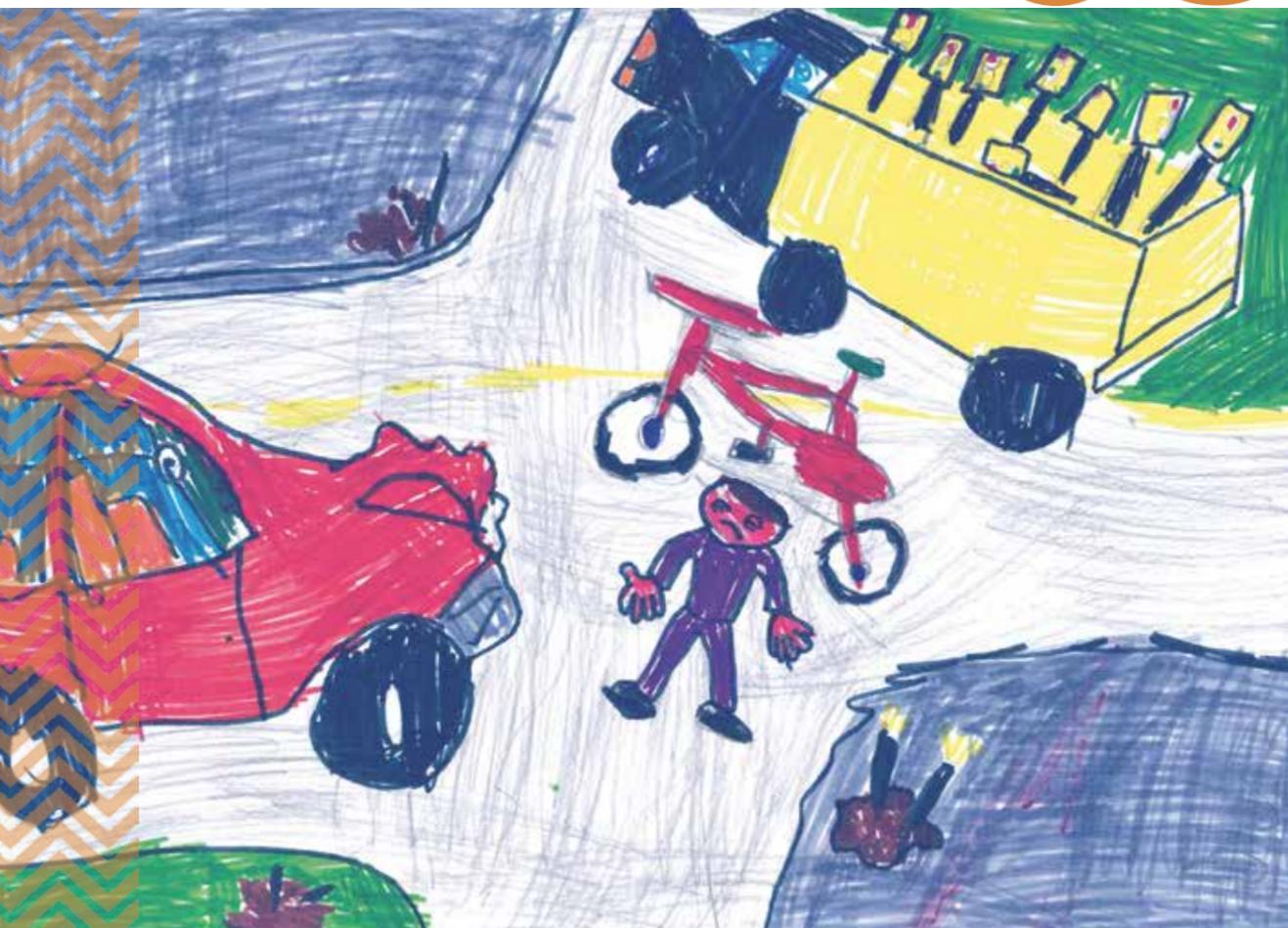
*“La Escuela N° 17
agradece al alumno Wali Gómez
su trabajo en favor de
la educación vial”*

Además, en el costado derecho estaban impresas unas huellas de zapato, ya que todos coincidían en que a diario veían los rastros de sus borregos marcados en la tierra.

Y para hacer aún más significativo el recuerdo, el presente le fue entregado a Wali en mano por su querido abuelo Walter.

Por algunos minutos y con lágrimas en los ojos ambos se fundieron en un largo y emotivo abrazo.

De esta manera, Wali se despidió de la escuela primaria, y al igual que su abuelo, dejó a través de sus consejos y enseñanzas, una huella imborrable en la memoria de todos sus compañeros.



Peyton vivía en una prospera ciudad de no muchos edificios, iba a la escuela Granaderos Azules, le gustaba jugar a mucho juegos, su favorito era el fútbol. El era muy inteligente.

Peyton había llegado a la ciudad hacía dos semanas y desde ese momento notó que nadie respetaba ningún reglamento vial y pasaban los semáforos en rojo, por ejemplo. En su antigua ciu-

dad, las reglas viales se respetaban mucho, pero aquí era lo opuesto.

Peyton no lo podía creer, en dos semanas de haber llegado ya habían ocurrido cuatro choques en su barrio.

En la escuela, Peyton se interesó en participar en un concurso que la Municipalidad había organizado para lograr una mejor ciudad. El premio era una Tablet.

Peyton compitió, no por el premio, sino por hacer una ciudad que respetara las reglas. Los resultados se mostrarían en cuatro años. A los amigos de Peyton no les importaba la seguridad vial, así que Peyton les explicó que su ciudad podía ser más segura. Le tomó tiempo pero hizo que reaccionaran.

Excepto uno, Billi. A él no le importaba la seguridad vial porque su padre era uno de los dueños de “Deapers dayl”, la empresa constructora de autos más grande del país. El padre de Billi no era un hombre muy bueno; ya desde niño era peleador y poco solidario. No tenía muchos amigos. Su idea era retirar los semáforos y hacer calles más angostas para que solo se pudieran correr carreras con sus autos súper modernos. No le interesaban los peatones, ni nada de la ciudad. El padre de Billi fue convenciendo a los representantes viales para que pensarán como él. Así fue sacando semáforos: eran cuarenta y los quitó uno por uno. Ya solo quedaban seis en la ciudad.

Pasaron cuatro años y se supo el resultado del concurso: el proyecto que ganó fue, por desgracia, el de Billi.

Peyton había perdido los últimos semáforos, estaba muy angustiado, ya no existían casi señales; todo se había acabado.

Un día, Billi iba en su bici cuando en el camino lo chocó una moto.

Billi se preguntaba: -¿Por qué pasó?

Y Peyton le explicó:

-Allí había un semáforo pero desde que no está, todos pasan a mucha velocidad y es muy fácil que ocurran los choques.

Así que Billi lo entendió. Entonces convenció a su padre de devolver los cuarenta semáforos y pintar las sendas peatonales y de que se empezaran a difundir y respetar las reglas de tránsito que beneficiaban a todos en la ciudad.

Gracias a Peyton y sus amigos, la ciudad se volvió más segura, y ya no hubo más choques.

UN DÍA EN EL CENTRO

09



Había esperado toda la semana para este día, el sábado. Me levanté a las 9:15hs. Y vi que mi papá iba a salir. Me animé a preguntarle:

-¿A dónde vas?- pregunté bostezando.

-Al centro- respondió él apurado.

-¿Puedo ir con vos?- pregunté tímido.

-Si, pero cambiate rápido- dijo él.

Me cambié en silencio y salimos. En el camino tomamos por una

calle derecha y vi un cartel que decía “Velocidad Máxima 40km/h”.

Y mi papá iba a 50km/h. Le dije:

-Pa... bajá la velocidad...

Mi papá respondió:

-¿Por qué?

-Porque había una señal de tránsito; ¿acaso no la viste? -dije yo haciéndome el inteligente.

Él respondió:

-No la vi. Estoy bajando la velocidad.

Estábamos entrando al centro.

-¿A dónde vamos?-dije yo queriendo saberlo.

Mi papá estaba recordando todo lo que no había hecho en la semana y respondió:

-Tengo que ir al cajero, comprarle unas zapatillas a tu hermana, hacer trámites y cargar gas.

Habíamos llegado al cajero pero no encontramos estacionamiento, así que tuvimos que caminar.

Cuando nos tocó cruzar la calle, yo estaba por avanzar rápido y en ese momento venía un auto. Yo no lo había visto y mi papá me frenó. Después, lo vi pasar. Cuando nos tocó cruzar la segunda y última calle, miré hacia ambos lados y crucé.

Después de salir del cajero fuimos a comprar unas zapatillas para mi hermana. El comercio no estaba lejos, así que caminamos. Cuando llegamos a la esquina me di cuenta de que era muy peligrosa, así que me agarré de la mano de mi papá y juntos esperamos a que el semáforo estuviera en rojo para cruzar.

Estábamos a pocos metros del comercio, pero cuando llegamos, yo no quise entrar, quería ver “la vidriera” de al lado, así que mi papá entró solo.

Mientras miraba, vi una anciana que quería cruzar la calle.

Yo le pregunté:

-¡Hola! ¿Usted quiere cruzar?

-Sí- respondió ella

Le ofrecí:

-La ayudo.

Crucé hasta la mitad de la calle e intenté parar los vehículos mientras les decía:

-Denle cruce.

Después mi papá salió del comercio y volvimos al auto. Cuando íbamos a hacer trámites, vimos una señal de tránsito que decía “obremos trabajando”. Esa calle siempre estaba abierta pero bueno, ahora no; había un desvío. Había que dar la vuelta a las dos manzanas que estaban cortadas en este momento. Dimos la vuelta a las manzanas y seguimos para hacer los trámites. Después de los trámites fuimos a cargar gas y al pasar vimos que había una señal de tránsito que decía “No estacionar en toda la cuadra”. Vi el cordón amarillo de la calle y del otro lado, uno blanco.

Entonces pregunté:

-Papá: ¿por qué del lado derecho el cordón está amarillo y del lado izquierdo está blanco?

-Porque cuando está amarillo no se puede estacionar y cuando está blanco sí -dijo mirando hacia el camino.

-¿Y por qué hay autos estacionados en el lado derecho? -dije mirando hacia afuera.

-Hijo, hay personas que no respetan las normas -me contestó angustiado.

Después de cargar gas volvimos a las 13:20, a tiempo para almorzar.



Paco era un niño que asistía a una escuelita de campo. Él era feliz porque con su bicicleta recorría por las mañanas el corral de los caballos y las vacas, para que no les faltara ni agua ni comida.

Cuando terminaba con el trabajo que su papá le había asignado, volvía a la casa para realizar -si tenía- tareas del cole, luego se bañaba, comía y emprendía su viaje de ida y vuelta a la escuela. Lo acompañaban su mochila y su bici que tan feliz lo hacían en



el camino. Pero Paco tenía una pena, y era que el próximo año comenzaría el secu, para eso debía trasladarse a la ciudad.

Eso sí, lo primero que se llevaría sería su bicicleta. Así fue que un día le pidió a su papá, que lo llevara a la ciudad para saber dónde quedaba el colegio, dónde pararía; quería hacer un recorrido con ella.

Pero ni se imaginan lo que pasó. Fue tal el susto que se llevó Paco de ver tanto tránsito, motos, autos, que su sueño por un momento quedó frustrado. Volvió muy triste a su escuela y le contó a la seño. Entonces, ella pensó que esta era la oportunidad de presentar su proyecto “Entre todos cuidamos la vida”.

Así fue que poco a poco, aparte de aprender cómo se debe transitar en una bici, Paco fue perdiendo el miedo a la ciudad porque tenía más conocimiento y seguridad.

Entonces pudo realizar su sueño.

Pasados unos meses, le volvió a pedir a su papá que lo llevara a la ciudad, pero esta vez para, por un tema de seguridad, comprar todo lo necesario para él y su bici. Entonces, ahí Paco le contó a su familia todo lo que había aprendido en el proyecto que la seño había puesto en marcha. Les explicó, por ejemplo, que una de las actividades era construir entre todos un semáforo, que se instaló en el patio de la escuela. Se dibujaron calles y todos salieron en las bicis. Y al llegar a la esquina, la seño les cambiaba de color el semáforo para ver cuánto habían escuchado de su explicación, y si habían entendido cuando detenerse o seguir. También se dibujaron sendas peatonales, para aprender que debían detenerse porque la prioridad de cruzar es del peatón. Ahora Paco ya se sentía más seguro para usar su bicicleta en la ciudad.



www.seguridadvial.gov.ar | www.educacionvial.gov.ar



Presidencia de la Nación |